

Para el filósofo americano W. V. Quine (*Word and Object*, Cambridge, Mass.: MIT Press, 1960) existe una «indeterminación de la traducción» (*indeterminacy of translation*). Es decir, se puede traducir de una lengua a otra de varias maneras y todas las versiones pueden ser igual de compatibles con la verdad¹⁴. A pesar de esta falta de una sola traducción, dice Quine, hay que seguir traduciendo. El concepto de la indeterminación quiere decir que existen muchos caminos y podemos desarrollar cualquiera de ellos.

La hipótesis Sapir-Whorf o la relatividad lingüística

Whorf, alumno de Sapir, desarrolló una hipótesis que había esbozado éste en su artículo «Language and environment» (1912), en el que sugirió que la lengua que hablamos determina nuestro concepto de la realidad. Esta idea realmente no era nueva ya que la había propuesto Humboldt al principio del siglo XIX con su concepto de *Weltansicht* y previamente había desarrollado Herder una teoría parecida en el siglo XVIII en la que relacionaba la lengua de una nación con el «espíritu» de esa nación.

Whorf, que realizó investigación sobre la lengua indígena Hopi, llegó a afirmar que la lengua determina de manera decisiva nuestra visión del mundo o *Weltanschauung*. Aunque no se suele aceptar hoy día la teoría de Whorf tal como la formuló, es decir, que nuestros pensamientos están determinados en cierta manera por la lengua que hablamos, sí que se acepta generalmente que la lengua puede influir en nuestra manera de clasificar la realidad y esto es importante para el traductor.

Incluso en el caso de dos lenguas europeas como el inglés y el castellano, se podría argumentar hasta cierto punto que ambos pueblos tienen distinta visión del mundo. El castellano, con su distinción entre «ser» y «estar» parece demostrar otro enfoque ontológico de la vida. Frases como:

- a) El cristal fue roto.
- b) El cristal estaba roto.

demuestran la importancia de esta distinción que el inglés no reconoce de esta manera. No quiere decir, sin embargo, que el inglés no pueda expresar esa distinción. Ambas frases pueden traducirse por: *The glass was broken* pero aunque la estructura superficial es la misma, el inglés reconoce la existencia de dos estructuras profundas según que lo que quiera expresar sea: *The glass was broken (by a football)* o *The glass was broken (when I saw it this morning)*.

Se citan a veces las palabras «esquina» y «rincón» como ejemplos de una diferencia de visión: para el inglés, ambos vocablos pueden traducirse por *corner*. Esto no indica, como en el caso de «ser» y «estar», que el inglés no vea ni comprenda la diferencia entre los dos conceptos. Difícilmente puede argumentarse que el español, por poseer en su lengua los dos términos, tenga un concepto más nítido del espacio que el inglés.

Algunos gramáticos han visto en el empleo de «se» ciertos indicios de una diferencia psicológica entre los españoles y los angloparlantes. En frases como: «Se me

¹⁴ «I am persuaded that alternative manuals of translation can exist, incompatible with each other, and both of them conforming fully to the dispositions to behaviour on the part of the speakers of the two languages. The two manuals would agree on observation sentences but conflict in some of the standing sentences. Each manual, being a manual of translation, purports to specify the equivalence relation between sentences and their translations, and neither manual is right to the exclusion of the other.» W. V. QUINE, «Mind and Verbal Dispositions», en *Mind and Language*, edited by Samuel Guttenplan, Oxford: Clarendon Press, 1975, p. 90.

cayó el jarrón» parece existir una capacidad para «escurrir el bulto» que no tiene el inglés que, con el uso obligatorio del pronombre personal *I* («*I dropped the jug*») no tiene más remedio que aceptar plenamente su parte de culpa. Bolinger llama a este tipo de construcción «the reflexive for unplanned occurrences.»¹⁵ Efectivamente, parece existir cierto alivio psicológico al poder decir: Se me quemó la comida. Se me olvidó el libro. Se me rompió la taza, en vez de: *I burnt the meal. I forgot the book. I broke the cup*. No es que no se pueda expresar de esa manera en castellano (Quemé la comida. Olvidé el libro. Rompí la taza) sino que en la conversación la construcción con «se» es más frecuente, quizá precisamente porque resulta más cómodo psicológicamente, para el hablante.

Dos zonas lingüísticas que se han investigado en varias lenguas en un afán por demostrar la diferente clasificación de la experiencia son las de los colores y de las relaciones familiares. Aunque no existen grandes diferencias entre el inglés y el castellano en este respecto sí que hay algunas.

Los términos para los colores coinciden básicamente (blanco/white, negro/black, rojo/red, azul/blue, etc.) pero a veces hay términos dudosos. «Pardo», por ejemplo, puede traducirse por *brown* y *grey*. Estos son dos colores bien diferenciados en inglés tanto en cuanto al tono, a la luminosidad (es decir, si reflejan más o menos luz) y a su saturación (su grado de blanco). *Brown* tiene distinto tono que *grey*, baja luminosidad y baja saturación mientras que *grey* tiene una luminosidad bastante elevada y una alta saturación. «Pardo oscuro», sin embargo, se define como *Vandyke brown*. Generalmente se elige el galicismo «marrón» como traducción de *brown*, reservándose «pardo» para *grey* o *dark grey*.

Los colores para referirse a los tonos del pelo tampoco coinciden del todo. En castellano se distingue por regla general: rubio, moreno, castaño y pelirrojo. «Rubio», si se refiere al pelo, puede traducirse por *blonde*, *fair-haired*, *golden* pero también incluye a personas con pelo castaño. En inglés se diferencia más ya que no se podría clasificar a alguien con pelo castaño como *blonde* aunque acaso como *fair-haired* que no es necesariamente sinónimo de *blonde*.

«Moreno», por otra parte, que se traduce por *brown or dark-haired*, o por *brunette*, puede utilizarse indistintamente en castellano para referirse a alguien con pelo negro o con la tez oscura. *Brunette*, sin embargo, puede utilizarse para hablar de alguien con la tez morena (aunque no si se debe a razones de raza, como puede ser con «moreno») pero no se utiliza para describir a alguien con el pelo negro.

En cuanto a los términos para los familiares, no deben existir grandes diferencias ya que la estructura social es esencialmente la misma, no obstante, no existen en inglés términos específicos para «consuegro» o «concuñado» y hay otras diferencias menores de terminología¹⁶.

El papel de la cultura

Al traducir hay que tener presente las diferencias culturales que pueden existir. Hayakawa¹⁷ cuenta cómo en las Naciones Unidas se rodó una película en la que un búho simbolizaba la sabiduría. En ciertos países asiáticos la película no tuvo éxito y

¹⁵ Dwight, L. BOLINGER et al.: *Modern Spanish: A Project of the Modern Language Association*, citado por Robert P. STOCKWELL et al., *The Grammatical Structure of English and Spanish*, The university of Chicago Press, 1965, p. 195.

¹⁶ Consideramos los temas de los colores y las relaciones familiares con más detalle en nuestra obra *A University English Grammar for Spanish Speaker*, Madrid: Empeño, 14, 1980, pp. 576-578.

¹⁷ S. I. HAYAKAWA, *Language in Thought and Action*, New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1978, 4.ª edición, p. 109.

hubo que rehacerla porque se descubrió que en aquellos países el búho era la imagen tradicional de la estupidez y provocaba risa.

Pueden existir expresiones o vocablos que dejan entrever las diferencias culturales. En una de las lenguas del Sudán, por ejemplo, la expresión para «perdón» es: «Escupir en el suelo delante de una persona» que resulta ser una descripción exacta de la forma en que se indica el perdón en esa cultura¹⁸.

La cantidad de léxico que existe en una lengua referente a cualquier aspecto cultural está en proporción con la importancia cultural que tiene. Si pensamos en la Argentina, hay gran cantidad de palabras que describen distintos pelajes de caballo y que no se utilizan en el castellano peninsular. Este vocabulario se debe a la gran importancia que ha tenido el caballo en la sociedad rural argentina y en la economía del país¹⁹.

Aunque parezca tópico, el apego de los británicos al té ha proporcionado a la lengua inglesa varios vocablos que no tienen una traducción exacta al castellano. Si buscamos los equivalentes a léxico tan cotidiano como: *to brew*, *to stand*, *to mash*, *to steep* y hasta *kettle*, nos encontramos con serias dificultades. Para *to brew*, el acto de preparar la infusión, el diccionario nos ofrece: «hacer cerveza, ponche, etc.» (*Gran Diccionario Cuyás*, Barcelona, 1960). La expresión regional para *to brew*, *to mash*, aparece como «amasar», «magullar» y hasta «hacer una conquista amorosa». Para *to stew*, o sea, dejar reposar el té demasiado tiempo con lo cual se vuelve amargo, solamente encontramos «estofar» y para *kettle* nos ofrecen: «caldera», «paila», «marmita», «calderico», «caldereta» y *tea-kettle* o «tetera», ninguno de los cuales es el vocablo exacto.

No es extraño ya que el objeto en cuestión suele brillar por su ausencia en las cocinas españolas aunque actualmente lo están promocionando unos grandes almacenes con *kettles* importados a precios astronómicos. A lo mejor, si a través de «la elegancia social del regalo» consiguen vender bastantes, acabarán inventando un nombre. En la Argentina, sin embargo, el *kettle* es casi tan familiar como en Gran Bretaña, debido a su uso cotidiano en la preparación del mate y, por tanto, existe un vocablo para designarlo: pava.

Las expresiones metafóricas establecidas varían de una cultura a otra. En inglés, por ejemplo, la palabra *eye* se utiliza de forma metafórica de manera distinta a «ojo» en castellano. Podemos hablar de *to keep an eye on* (vigilar), *an eye-opener* (una noticia increíble o inesperada), *to have green eyes* (ser celoso), *an eyetooth* (un colmillo), *to make eyes at* (coquetear), *to be all eyes* (prestar gran atención) o decir de alguien que *his eyes are bigger than his belly* (un glotón que se sirve más comida de lo que puede comer).

El traductor tiene que poder reconocer si se trata de una metáfora hecha u original. En el caso de que sea original, debe traducirla fielmente para transmitir el «sabor» del estilo original. Por ejemplo, Entrambasaguas habla en su poema en prosa, «Amor de peces en fuga», de que los ojos de los peces son «gemas vivas». Es una metáfora original que debe conservarse en el inglés: *Their eyes are living gems*. En una traducción al castellano de la obra de Saul Bellow, *El legado de Humboldt*, sin embargo, la traductora traduce la expresión corriente americana, *that's for the birds* por «es para los polluelos»²⁰ pensando, según parece, que se trataba de una frase original de Bellow.

¹⁸E. A. NIDA, *Language Structure and Translation*, ed. cit. p. 8.

¹⁹Véase la «Introducción» *Don Segundo Sombra*, de Ricardo GÜIRALDES, edición de Sara M. Parkinson de Saz, Madrid: Cátedra, 1978.

²⁰Saul BELLOW, *El legado de Humboldt*, Barcelona: Plaza y Janés, 1976, traducción de Montserrat Solanas.